

Pregón de las fiestas de la Virgen de la Esperanza 2017

LA GUANCHA, UNA LECCIÓN DE VIDA

Yo no hubiera sido periodista de no haber existido La Guancha. De este pueblo: de sus personas, de sus logros, de sus afanes... aprendí las enseñanzas que me decidieron a no decaer en el empeño de hacer realidad mis sueños.

Ustedes pensarán que esto lo digo por halago, pero tengo la esperanza (como la virgen patrona) de que en estos minutos que siguen les convenza de que no soy un pregonero que viene a adular al pueblo. Simplemente vengo a contarles la verdad que yo encontré en estas calles y con muchos de ustedes.

Y lo hago gracias a la generosa invitación de la comisión de jóvenes vecinos que, presidida por Eduardo Reyes, organiza esta fiesta (qué maravilla que la iniciativa ciudadana impulse la cultura, porque es algo que se está perdiendo) con la colaboración del Ayuntamiento de La Guancha. Ayuntamiento viene de ayuntar, ajuntar, es decir, el Ayuntamiento somos, debemos serlo, todos.

Yo nací en Buen Paso, en el vecino Icod, junto a la carretera de La Guancha, y uno de mis primeros recuerdos en la casa familiar, que es de tablado y piedra y barro, fue el retremblar del hogar paterno cada vez que pasaba la guagua, a la que llamábamos la guanchera, porque iba y venía de este pueblo.

En la venta y el guachinche que tenían mis padres -conocida como la venta de los chochos o casa Manolo- paraban muchos guancheros, de camino o de regreso del trabajo, a tomarse un vaso de vino y a comerse una ensalada y un bocadillo de chorizo de perro.

Mi padre, Manuel Pérez, que ya hoy no puede recordar estas cosas, siempre fue un hombre muy dicharachero, que se había ido con 16 años a la aventura casi legendaria de Venezuela en un viaje en barco lleno de peripecias que le había llevado a Madrid, París, Londres, Azores y finalmente América.

Mi padre siempre tuvo una frase en su boca: "Felicidades por estar vivos". Cada día para él era único e irrepetible. Y como ambos cumplimos años el mismo día, desde niño me decía, mientras tuvo su mente bien: "Vamos a pedir otro año de prórroga". Y ambos hemos seguido teniendo ese periodo de gracia hasta hoy. Mi madre ha sido siempre una mujer muy luchadora, amante de la poesía y de las tradiciones.

De ambos aprendí la ética del noble campesino canario: Noble no por aristocrático, naturalmente, sino por la honradez en el obrar, el respeto al prójimo y la cultura del esfuerzo para conseguir las cosas, pues nada nos viene dado del cielo.

Por entonces yo, con 9 años, hacía un periódico a mano, que repartía entre mis amigos, familiares y vecinos, y andando el tiempo fue a máquina de escribir, y luego fotocopiado...

Y un día uno de esos ejemplares llegó a manos de un maestro periodista, o un periodista maestro, para mí un maestro de periodistas; precisamente un guanchero, Salvador Pérez, que me dio la oportunidad de publicar mis primeras noticias en EL DIA, con tan solo 12 años.

Puede decirse que, aunque no es mi padre de sangre, al que mucho quiero porque me dio la vida y el sustento y la posibilidad de estudiar, Salvador es mi padre en el periodismo. Es un hombre que es un libro abierto, abierto a los demás y que escribe con los demás, porque un periodista no es un ermitaño, sino una persona que se empapa de la vida y empapa a la vida a su alrededor, para poder contarla.

Me enseñó Salvador (y me salvó) de que las noticias están por todas partes, que los pueblos pequeños -y las personas anónimas- tienen historias tan o más interesantes

que contar que las de las grandes ciudades y las personas más famosas. Me enseñó Salvador que la verdad es sagrada, que todas las cosas complicadas se pueden contar con palabras sencillas, y que los grandes personajes, son, al fin y al cabo, de cerca, personas.

Desde siempre he defendido que los periódicos deben informar más de nuestros pueblos, que no todo es Santa Cruz de Tenerife. Quisiera que al abrir un periódico en papel o una web provincial La Guancha apareciera todos los días y se reflejara su acontecer y sus grandes debates como municipio y parte de la comarca.

Es un legítimo objetivo que comparto desde siempre con Salvador Pérez, pero que, por incompreensión a veces o por falta de medios otras, no han atendido los grandes medios de comunicación. Y por el que hay que seguir luchando.

Fue a través de él como me vinculé a este pueblo, pues Salvador, que dirigía el periódico de Las Ferias de Artesanía, me encargó entrevistas y reportajes.

Esas ferias fueron la primera lección que a mí me dio La Guancha: si un pueblo pequeño podía hacer algo tan grandioso, ¿por qué yo, que me creía, que era, y que soy, tan pequeño, no podía perseguir mis sueños profesionales? Lo hice, guiado por la enseñanza que recibí en aquellas ferias insólitas donde La Guancha, con apenas 5.000 habitantes, y con las tradiciones populares canarias como reclamo, logró que la visitaran en tres días más de 130.000 personas. 130.000 personas a ver artesanía, a ver cultura tradicional canaria, en tiempos en que había sido tan despreciada. ¿Cómo no recordar aquello como un memorable acontecimiento histórico que hay que reivindicar una y otra vez? Y volver a hacer. ¿Por qué no? Para ello, el Gobierno canario y el Cabildo deberían ayudar de nuevo, pues a La Guancha se le quitaron las subvenciones que sin duda merecían.

De Salvador, Pérez, como yo (algunos creyeron en el periódico EL DIA que era mi padre), tengo que recordar su escuela. El daba clase en Icod de los Vinos, en La Mancha, y un día que me acerqué a llevarle una noticia escrita a máquina Olympia para publicar en EL DÍA (entonces no había email ni había internet) y al acercarme a la puerta del aula, observé una escena que nunca he podido ni he querido olvidar: sus alumnos, niños de apenas 6 años, votaban en una urna para decidir un asunto.

No pregunté de qué se trataba la decisión, pero fue una lección de democracia para un joven que aún no había votado y que sabía lo mucho que había costado que los adultos pudieran hacer eso en una España que entonces llevaba unos años que casi cabían en los dedos de una mano con libertades democráticas cuando conocí a Salvador y a la gran compañera de su vida, también maestra: Aurora. Aurora lleva nombre de día que empieza, de alborada, y también me ayudó con sus consejos a abrirme paso en la vida, me ayudó a amanecer.

Ambos, Salvador y Aurora, se han hecho acreedores del cariño de tanta gente que tal vez les ayude a convivir con la ausencia inconsolable de quienes ya no están, pero que están en nuestro recuerdo.

En La Guancha, pues, di mis primeros pasos como periodista. Recuerdo de entonces reportajes sobre la visita de César Manrique, el Club Baloncesto Guancha, la Banda de Música, el Guancha de fútbol, y dos artesanos ancianos -hoy ya fallecidos- que nunca olvidaré y que ya solo viven en la memoria, que es ese cielo pagano de las personas buenas:

Carmen, quien, a sus más de 90 años, me transmitió una frase imborrable: "Me he arregostado a vivir", me dijo mientras cosía, como buena caladora, con un hilo que parecía infinito, como el de la vida, pero que un día se termina, y queda el otro hilo de su recuerdo.

Y Bernardo Socas, el de El Farrobo, cuya socarronería y buen arte con las manos fabricando aparejos del campo como arados, cangos y utensilios para las bestias quedan también en la historia de este pueblo.

Para mí los grandes personajes de mi vida son estas personas que no suelen salir en los libros de historia que, con tapas duras, se agolpan en las bibliotecas. Aunque hay, por suerte, historiadores que cuentan la historia de la gente común como nosotros, que es la que al fin y al cabo hace el devenir de los pueblos: Cristóbal Barrios y su hijo Ruperto Barrios. Barrios: hasta en el apellido parecían llevar el sello del pueblo sencillo. Maestros e historiadores. En su inolvidable libro "Crónica de La Guancha a través de su refranero" ellos reflejaron el alma de su municipio, que habita en esas frases populares que son pequeñas grandes enseñanzas y que ligamos a muchas de nuestras vivencias.

Tal vez por arrimarme a tan buenos árboles, tan buenas sombras me han cobijado. Ellos, Cristóbal y Ruperto, tampoco viven ya, pero sí viven en sus libros y sus descendientes, como Elena, periodista, que cuenta historias en la radio como su padre y su abuelo lo hacían en la escritura.

Pero también le debo a La Guancha haber conocido a quien es un gran personaje que sí sale en los libros de historia, por su creatividad y su defensa de la naturaleza, pero que a la vez era una persona inmensamente sencilla. Tanto, que me senté con él sobre un montón de bloques y basura tras pasar tres días a su lado, en una visita que hizo a este municipio. Hablo de César Manrique, el hombre que luchó por que cuidáramos el paisaje, por que no despreciáramos la inteligente y bella arquitectura de nuestros abuelos. Esas casas viejas que hoy, por suerte, se empiezan a recuperar y a imitar. Y un hombre que luchó por que quienes aquí vivimos pudiéramos con el turismo atraído por esa belleza vivir bien sin tener que emigrar ni pasar necesidades.

Me acuerdo de César Manrique caminando por estas calles, como un hombre feliz emocionándose ante las viviendas antiguas, hablando con los vecinos y elogiando a los que tenían bonitas casas terreras.

Me acuerdo de César en el Cerro Gordo, con los ojos casi al borde de la lágrima abrazando con su mirada el mayor pinar de Canarias y la monumental figura del Teide frente a él. Allí llegó a dibujar en el aire con el pincel de su dedo índice, girándose en redondo como un trompo, un mirador, como un platillo volante, una obra que nunca se realizó. Dentro de mí pensé: he ahí dos fuerzas de la naturaleza, como dos hermanos, César Manrique y nuestro gran volcán.

Me acuerdo de César paseando entre las rocas del Charco del Viento, comulgando con la naturaleza, con su camisa blanca inflada por el alisio como si fuera un barco de vela, dejándose salpicar por las olas y exclamando: ¡qué maravilla aquella piscina obra de la lava que bajó del Teide!.

César había venido de Lanzarote en 1986 a inaugurar una campaña municipal de pintura y enfoscado de fachadas en La Guancha. Me contó cómo le dolía ver en el sur de Tenerife y también en el norte los desastres con las casas sin vestir, a bloque pelado, y las carreteras e industrias que destrozaban los campos.

Soñaba César con otra isla de viviendas que respetaran la arquitectura tradicional, con un sello propio, una isla que fuera un paraíso para los que la visitaran, y aquí se dejaron el dinero para vivir todos los tinerfeños con dignidad.

En La Guancha vio menos disparates que en otros municipios, por eso dijo, ante un público que llenaba el Centro Cultural Unión y Fraternidad: "Me ha sorprendido el amor de los guancheros a su medio ambiente".

Como una lluvia que hace crecer las plantas en la sementera (con ese, no con ce), César dejó en el aire de La Guancha muchas reflexiones. Nos dijo que "los canarios no sabemos que vivir donde lo hacemos es un lujo, que podríamos ser el paraíso de Europa y lo único que se ha hecho es intentar la mayor rentabilidad a corto plazo y destruir el futuro". "La única manera de competir con Nueva York es con una casita campesina que

vi en este casco guanchero, con un patio canario llenos de poesía y belleza", confesó César.

Y lanzó un emotivo elogio aquí mismo el universal artista de Lanzarote: "Sirvan ustedes, guancheros, de ejemplo para otros pueblos, sobre todo para este sur tinerfeño que es una basura, con rascacielos ridículos que no están dejando rastro de nuestra cultura". Y se despedía César de La Guancha, unos años antes de morir en un funesto accidente de tráfico con esta frase profética: "El día que me muera, que no me da la gana morirme, habré dejado una semilla plantada". En mi la sembró y hoy mi defensa del patrimonio histórico y de la naturaleza canaria es un árbol que ha crecido. Con la muerte de César Manrique, como tituló un periódico, se apagó un volcán, pero su mensaje aún retumba en la conciencia de muchos canarios. Hoy presido en Santa Cruz de Tenerife una asociación en defensa de esas casas históricas que algunos, como aquellos que tanto criticó César Manrique, quieren tirar abajo, mientras en todo el mundo los cascos históricos se recuperan como seña de identidad de los pueblos y fuente de empleo y de riqueza.

De La Guancha también me quedé con su música. Igual que en el cine, la vida de cada uno tiene de fondo una banda sonora, melodías asociadas a vivencias imborrables. Como la de las orquestas en aquellas verbenas de la adolescencia, las de las parrandas o los pasodobles de una banda que se acerca ya a sus cien años de vida. Hace unos años publiqué un reportaje en DIARIO DE AVISOS sobre la historia de la Agrupación Musical La Esperanza.

Me asombró saber que la música empezó a sonar en el año 1924. La Guancha era un pueblo de poco más de 2.000 habitantes, lleno de niños y mujeres, sin carretera, aislado en su sueño de medianías. Los hombres se iban a Cuba para escapar de la Guerra de Marruecos. Y en esas un día el cura Domingo Hernández se despertó con una ilusión: crear una agrupación musical con los niños de la escuela. Así es como comenzó todo en la historia de la Banda de Música de este pueblo, que, noventa años después, rescató de las garras del olvido Salvador Pérez en un libro.

Y vi también nacer Abruncos, un grupo folklórico, a cuyo primer director, Agustín Aguiar, conocí, y que ha sabido rescatar y enriquecer la tradición musical popular canaria, emocionándonos con sus versiones de melodías e historias antiguas.

Sorprendente fue para mí en aquellos tiernos años de la juventud el enorme empuje y prestigio del instituto de Formación Profesional de La Guancha. Me acuerdo de la energía infatigable que me transmitía Jerónimo Morales, su casi eterno director, cuando lo conocí en los años ochenta, pocos años después de crearse este instituto, y con quien yo volví a hablar hace unos meses, décadas después. Y él seguía de director, y yo de periodista.

Este centro de FP está reconocido hoy como uno de los mejores de Canarias y de España con varios premios nacionales. Me enorgullece escuchar a jóvenes de otros municipios como Santa Cruz de Tenerife e incluso de otras islas, escuchar el nombre de La Guancha cuando piensan en aprender una profesión.

Sorpresa también la que, en aquellos años ochenta, me llevé el ver la pasión por el deporte de la canasta que había en La Guancha. Y no me refiero a la canasta de la agricultura, que también, porque no hay historia guanchera sin la dura brega en el campo con el trigo en su día, y luego las papas y la viña. Hablo del baloncesto, del equipo que hoy es un referente en la cantera canaria y del que fue aquí uno de sus impulsores un gran hombre y un hombre grande: Chano Marante, un palmero guanchero.

Fue un 19 de julio de 1986 cuando entrevisté al genial artista lanzaroteño, César Manrique, sobre un montón de residuos de la construcción, tras almorzar con él y con el entonces alcalde guanchero, José Grillo. Yo cumplía ese día 15 años. Si en el cuento de Pinocho el personaje que era la conciencia del protagonista, ese muñeco de madera que

coabraba vida, se llamaba Pepito Grillo, para mi aquel alcalde, hoy dedicado a la agricultura, fue también una conciencia: la de que había que respetar el paisaje y hacer un urbanismo ordenado. Fue un mensaje difícil para él, que muchos guancheros comprendieron y supongo que otros no. Pero hoy ya nadie duda de que ese es el camino correcto.

Durante aquellos años Gregorio Yanes, un profesor de historia ya tristemente fallecido, del vecino pueblo de San Juan de la Rambla, y yo creamos y diseñamos la revista de este Ayuntamiento, La Guancha Ahora. Nunca, ni cuando era niño, me ha gustado halagar al poder político, y tampoco atacarlo de manera injustificada, así que quisimos hacer una revista de temas generales que no fuera una propaganda del gobernante. Y aquel alcalde de entonces lo entendió, por lo que en aquellos números que hicimos su foto apenas apareció en esa revista, ya desaparecida.

Con el tiempo me encontré a otros guancheros en mi vida profesional, como la exalcaldesa de La Guancha, Elena Luis, hoy diputada en el Parlamento canario, institución de cuyas iniciativas y debates escribo habitualmente en DIARIO DE AVISOS. Hoy, tres décadas después, y tras escribir miles de noticias en la prensa canaria, me doy cuenta de que no he dejado de aplicar los valores que aprendí de las personas buenas que me criaron y las que conocí, muchas de ellas guancheras. Si la infancia es la verdadera patria de las personas, mi patria también son todos esos seres excepcionales que aquí he conocido.

En este pueblo, yo de adolescente encontré una enorme honradez, entusiasmo por progresar, amor por la cultura y por la naturaleza, ilusión por conseguir grandes logros y la humildad necesaria para que todos esos ingredientes nos hagan avanzar de verdad. Hoy, tres décadas después de todo lo que he contado, sigo creyendo, como entonces, que un periodista y un periódico que mienten o no dicen toda la verdad o se la callan toda no merece llamarse ni periodista ni periódico.

Todos tenemos derecho a estar bien informados para hacernos una opinión de lo que pasa a nuestro alrededor. Y a eso debe contribuir un periodista (oficio que ejerzo gracias a la infinita comprensión del amor de mi vida, a quien le robo, más bien le tomo prestadas, muchas horas que un día, sin duda, le habré de devolver).

Y termino diciéndolo en voz aún más alta. Defiendo que el periodista no puede ser de ningún partido político, sino un profesional independiente, que solo debe obedecer al interés general de la sociedad. A los lectores, a los oyentes, a los televidentes... un periodista tiene que contarles la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad. Caiga quien caiga, eleve a quien eleve, y ayudar con las noticias a mejorar la calidad de vida de pueblos como La Guancha y también la calidad de nuestra democracia.

Por tantas cosas que me ha enseñado este pueblo, muchas gracias.

VICENTE PÉREZ LUIS

- **Leído el día 17 de agosto de 2017 en las fiestas patronales de La Guancha (Tenerife)**